3 1761 08695609 1

Campoamor y Campoosorio, Ramon de
El amor y el rio Piedra, poema
en tres cantos.

EL AMOR
Y EL RIO PIEDRA

POEMA EN TRES CANTOS

POR DON RAMON DE CAMPOAMOR

ILUSTRADO POR P. VEGA

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.A, EDITORES
TETUAN 24

El Amor y el Rio Piedra

POEMA EN TRES CANTOS

LS
C198a

EL AMOR
Y EL RIO PIEDRA

POEMA EN TRES CANTOS

POR DON RAMON DE CAMPOAMOR

ILUSTRADO POR P. VEGA

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.A, EDITORES
TETUAN 24

289642
7. 33

Es propiedad de sus Editores.

Al Sr. D. Raimundo Fernandez Villaverde y Rivero.

Recuerdo de cariño de

Campoamor.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elamoryelriopied00camp

CANTO PRIMERO

EL EDEN

I.

¿Queréis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra,
á aquel Edén que con verdor eterno
alegra hasta lo triste del invierno
con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;
pues siendo un fiel traslado
de un sueño de Virgilio mejorado,
no hay mortal que lo vea
que, como yo, encantado,
no admire, piense en Dios, se postre y crea!

II.

Así, creyendo y admirando, un dia
por este paraíso de inocencia,
van dos hijos de Dios, que todavía
no encontraron el árbol de la ciencia.
Él por ella en un dia de batalla
desertó frente á frente al enemigo;
y ella por él, al frente de su amigo,
se escapó de un molino de *Cimballa*.

Mas, como dice en Aragon la gente,
desertar por los ojos de una moza
es cosa que perdona fácilmente
la Vírgen del Pilar de Zaragoza.

III.

Juntos los dos, siguiendo su destino,
bajaron por el rio, hácia el camino
que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera,*
despues que con amor la molinera
le dió un beso á la rueda del molino.

IV.

¡Qué felices serán dos desertores
que tienen libertad en sus amores,
calor de dia y por la noche frio,
en la tierra placeres y dolores,
aire y luz en la esfera,
para poderse ahogar sitio en el rio,
pan caro y agua grátis donde quiera!

V.

Es Jaime, más que un quinto, un veterano
que puesto en guardia y con fusil en mano,
le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,
tanto que, el muy tirano,

hallándose una vez de centinela
vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

VI.

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella
que en Daroca una vez la llamó bella,

silbando como un mirlo, un lord muy rico;
y otra vez, extasiado,
le echó una flor, pasando por su lado,

un Azlor de Aragon, casi un Rey chico.
Lleva un traje ceñido á las caderas,
y anillos en los dedos de las manos
como una valenciana con ojeras,
que come arroz y vive entre pantanos.
Cruza enhiesta el pañuelo por delante
para dejar al aire la cintura,
mostrando el tallo erguido y ondulante
de la flor sin abrir de su hermosura.
Siempre lleva de andar por las praderas
alpargatas de cáñamo olorosas,
pues, segun las nociones verdaderas
de los sabios que estudian estas cosas,
cuando son tan hermosas
todas las molineras,
sabiendo á pan de flor, huelen á rosas.

VII.

Y, en medio del amor que los obceca,
¿á dónde van huidos
Jaime Cortés y Candelaria Ateca?
Llevados y traidos
en el mismo columpio de un deseo,
se proponen morir los atrevidos
lo mismo que Julieta y que Romeo.
Su plan de amor y horror era el siguiente:
desertar, verse un dia solamente,
darse un adios eterno,

y hallar luégo en el fondo de un torrente
la muerte y la esperanza del infierno.
¡Hay criaturas tan locas
que, con formal empeño,
no encontrando harto duras á las rocas,
se rompen la cabeza contra un sueño!

VIII.

Ya hácia el final de la primer jornada
buscando algun descanso
en la márgen del *Vado* (una cascada
que nace y que concluye en un remanso),
miraban extasiados las corrientes
claras en los arranques,
blancas en las rompientes,
y azuladas despues en los estanques,
cuando al llegar la hora,
de echarse entrambos de cabeza al rio,
poniéndose de pié: «vén, Jaime mio,»
le dijo al desertor la desertora;
y hácia un salto mortal ella camina
enseñando al soldado á ser valiente.
¡Feliz pasion la que en morir se obstina!
¡El preferir la muerte á estar ausente
es del amor la plenitud divina!

IX.

Ya en pié los dos medían el abismo
de la gran *Requijada,*
otra hermosa cascada
que parece caer del cielo mismo
cuando al mirar pintados en las ondas
de ella, el rostro y gentil desembarazo,
sintió el alma de Jaime aquel flechazo
que pasó el corazon de Epaminondas;
y volviendo á mirar en la cascada
aquel talle que imita
la ondulacion del cisne cuando nada,
y el pecho de opulencia regulada
que á amar las cosas de la tierra incita,
en ese atontamiento en que la mente
no se encuentra despierta ni dormida,
asiendo de repente
el brazo de la hermosa molinera,
perdiendo el sentimiento de la vida,
la dijo con afan:—«¡espera, espera!»

X.

Y, despues de esperar, con piés ligeros
bajan corriendo la empinada cuesta
los dos pobres viajeros

que no llevan más ropa que la puesta;
y llenos de pasion, aunque mojados,
uno de otro en el talle

muellemente apoyados,
á lo largo del valle
se alejan poco ménos que abrazados.

XI.

Y, siguiendo del *Piedra* la corriente,
sus almas encantadas

ven el amor tan casto como ardiente
de las cosas creadas
que imantadas, y al fin desimantadas,
se casan y descasan buenamente;
pues era la estacion que entre gorjeos,
alumbrando los gérmenes que encierra,
la gran hembra del sol, la madre tierra,
da los frutos de antiguos himeneos.

XII.

Y andando poco á poco, se olvidaron
de la parte febril de su aventura,
y al fin no se mataron:
¡quién no hace en este mundo una locura!
Luégo, á la sombra de un nogal, notando
que empieza el tiempo á parecerles breve,
se comen unas nueces, enseñando
unos dientes más blancos que la nieve.
Pero, ¡oh esperanzas vanas!
al sentir un amor inextinguible
ellos creen que es posible
vivir sólo de nueces y avellanas;
sin saber los sencillos desertores
que beber en el *Piedra* y comer nueces
es hacer que se olviden los amores,
y aborten las más bellas redondeces;
porque es sabido que el amor y el rio
tienen suertes iguales,

pues así como el *Piedra* se endurece
al romperse en las rocas sus cristales,
perdiendo ciertos óxidos vitales,
al moverse el amor se desvanece,

y es que el amor y el rio, andando, andando,
por sus cauces los dos marchan dejando
el rio cal y la pasion olvido,
y así es como se van petrificando
el agua andada y el amor movido.

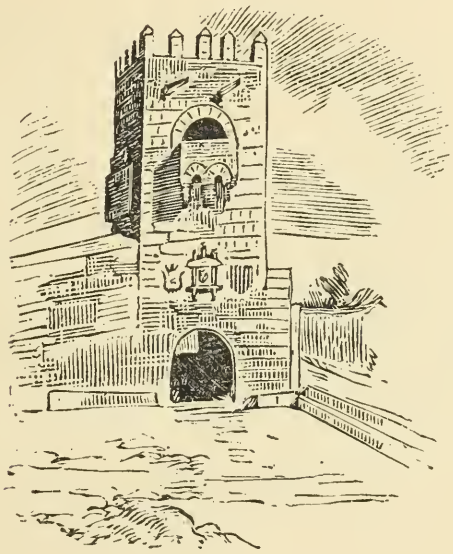
XIII.

Y al llegar estos míseros mortales,
que alimentan su amor de vegetales,
á un monte empenachado de cascadas,
miraron en los altos vericuetos
las tranquilas moradas
del abuelo, los hijos y los nietos,
de la raza feliz de los Muntadas.

XIV.

Y al ver el *Monasterio* frente á frente,
con misterio inocente,
se llenaron sus almas de emociones
pensando en las virtudes de un convento,
y él se entregó á juiciosas reflexiones
y ella á un casto y profundo sentimiento.
Y hasta en aquel momento
se despertó de Jaime en la memoria,
de San Benito, el fundador, la historia,
que amando á una mujer, que era un portento,
y por la cual su corazon ardia
como un carbon que lo encendiese al viento,
en vez de acariciar como un profano
las torpezas divinas

que envidia el cielo al lodazal humano,
se echó sobre un zarzal, cuyas espinas
destrozaron sus carnes virginales:
y añade en sus anales



un cierto *Padre Yepes,* á quien creo,
renunciando á probarlo en los zarzales,
que en San Benito por heridas tales
el fuego se exhaló de su deseo.

XV.

Y en tal instante, aunque con gran frecuencia
no hay más Guardia Civil que la conciencia,
ya del dia á los últimos fulgores
los dos enamorados desertores

creyeron ver, ó en realidad miraron,
dos parejas de guardias que pasaron,
y apresuradamente
encontrando un zarzal junto á una fuente,

con natural espanto,
no se echaron encima como el Santo,
se escondieron debajo santamente.

XVI.

Y gracias al Señor, libres de sustos,
Jaime Cortés y Candelaria Ateca,

se durmieron despues como dos justos
sobre un lecho de amor de hierba seca.

XVII.

Pero ¿y qué más?—¿Que más? Con amor puro
él una vez al tropezar con ellos
besó de Candelaria los cabellos....
—Y ¿nada más?—Y nada más: ¡lo juro!

CANTO SEGUNDO

LA TENTACION

I.

Ya el sol emblanquecia las estrellas,
y Jaime, aún no despierto,
ni soñaba siquiera con aquellas
tentaciones tan bellas
que tuvo San Benito en el desierto;
pues, como todavía
al alborear la lumbre de aquel dia
le hacía poco peso la conciencia,
fué su sueño profundo, muy profundo.
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo
amar, en pleno amor, con inocencia!

II.

Cuando ya los llamaban á la vida
los sones halagüeños
que la tierra, aún dormida,
murmura electrizada como en sueños,
á Jaime despertó la molinera;
y abriendo un gran portillo en el ramaje
para ver la primera
el teatral aspecto del paisaje,

vió á la luz color gris de la mañana
los huecos de las celdas del convento;

y elevando hácia Dios su pensamiento
se santiguó con gracia la aldeana,

pues hija fiel de otro cristiano viejo,
ella es una cristiana
tan católica á un tiempo y tan galana
que reza y se santigua con gracejo.

III.

Aunque es un bello nido
de inextintos amores
el *Parque,* sobre un monte suspendido,
los tiernos desertores,
despues que el sol vino á borrar la aurora,
dejaron una estancia peregrina
que reune en su flora
el Africa, la América y la China;
y hácia el *Vergel* bajaron,
y al límite en que el *Parque* terminaba,
un bello semicírculo encontraron
que el tocador de Vénus imitaba,
y quedó admirado él y ella embebida
al ver la *Caprichosa,* una cascada
que parece tendida
el velo de una reina desposada;
y á su influjo, sintiendo
una feliz y casta soñolencia,
porque el agua, al caer, baja moviendo
las brisas de las playas de Valencia,
en torno de los tímidos amantes

trazan al sol un círculo divino,
saltando, como un polvo blanquecino,
molidos en las peñas los diamantes.

IV.

Y entran luégo en la *Gruta del Artista*
por ver estalactitas agrupadas,

que alegraban la vista
como labores de cristal colgadas;
y sigue admirando él y ella embebida,

y pasa tiempo.... y tiempo.... y de esta suerte
se fueron olvidando de la muerte
y acordándose un poco de la vida.
Mas ¿cómo de los fieros desertores
ya, el que ménos, olvida
su deber de arrojarse en un abismo?
Porque en cosas de amores
puede más que el deber el magnetismo.
No lo extrañeis, lectores,
segun Platon, ya en Grecia era lo mismo.

V.

Entrambos luégo, de la mano asidos,
bajando más y más, miran, pasando,
que en el estanque del *Vergel,* nadando
ya se atusan los patos aburridos,
despues de ver y oir como, formando
borbotones, cual pechos de Sirena,
corriendo á unirse al rio,
bajo un dosel sombrío,
el dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

VI.

Y á la sombra de un álamo sentados
para admirar el *Baño de Diana,*
poco despues el quinto y la aldeana
miraban los cristales azulados

de un rio trasparente
que seria maldito en el Oriente
por sacar los contornos redondeados.

VII.

Se alzan despues y apresuradamente
viendo una cueva enfrente
llamada la *Carmela,* él en pos de ella,
como quien huye de la luz del cielo,
se entraron en la gruta, que es más bella
que la gruta de Elías del Carmelo.
Mas si viese á los dos en compañía
despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,
¡Jesús, qué colorada se pondría
la Cármen que dió nombre á la *Carmela!*
Y con razon, porque al seguir su ruta
salieron pálido él y ella encarnada,
aunque, en aquella gruta,
¡admírate, lector! no pasó nada.

VIII.

Y ven despues, entre el espeso ambiente
de perlas en las rocas machacadas,
los *Fresnos* que, cortando una corriente,
imitan dulcemente
un salterio formado por cascadas.
Y al ver que con su escala de colores

la *Cascada del Iris* sus primores
sepulta en un estanque luminoso
al pié de una vertiente encajonado,

Jaime exclama admirado
como un viajero estúpido:—«¡qué hermoso!»

IX.

Y, al fin del largo estanque,
miraron en su arranque
la *Cola del Caballo,* otra cascada

que, en la cumbre entre rocas apretada,
se pára, se acumula, se desborda;
el valle todo asorda,
cae, y despues se echa á dormir cansada.
Pero al caer arqueada y ondulante,
es tal su gallardía,
que no tiene una cola semejante
el caballo mejor de Andalucía.
Al ver la gran cascada
brillando tan gentil y refulgente
casi duda la mente
si, al caer despeñada,
rompiéndose en las rocas, irritada,
lanza el agua una luz fosforescente.
Yo sé de un navegante, amigo mio,
que viviendo en el mar constantemente,
nunca vió el agua hasta que halló este rio
que, lanzando impetuoso su corriente
de pendiente en pendiente,
recorre desde el cielo hasta el abismo,
haciendo de esta tromba á un tiempo mismo
chubasco, borboton, racha y rompiente!

X.

Y ¡gloria á Dios! Merced á la certera
habilidad del dueño
que abrió á pico en la roca una escalera,
bajaron á la *Gruta,* que supera

en hermosura real al mismo sueño;
gruta en la que es el dia
una noche de otoño húmeda y clara,
que mezcla á una luz rara,
unas sombras más raras todavía;
y cuando de repente
entre tanto y tan mágico espejismo
lleva el sol al morir en Occidente,
la esplendencia del cielo á aquel abismo,
se ve allí claramente
aquel Dios misterioso que el ateo
nunca vé en su nublada fantasía;
á quien vió por detrás Moisés un dia;
á quien vió de perfil el gran Linneo;
al que ve con su tierna idolatría
la esposa fiel por cuyos ojos veo,
y al que la madre de mi amor veia
con el santo candor del buen deseo!

XI.

Las aguas por las rocas exhudadas,
forman allí variadas
obras de arte, á la bóveda sujetas
con primor tan gentil que sus labores
afrentan á escultores,
á arquitectos, pintores y poetas.
¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe
si aquel templo escondido y soterrado

es de una grande catedral la nave,
ó algun horno ciclópeo ya apagado;
si habrá formado un hada
sus bellos arabescos de mezquita;
si es gruta de Sibila exonerada,
ó de un Titán la cueva troglodita;
pues la gruta hechicera,
que á todo ingenio humilla,
si como arte es la octava maravilla
como arte natural es la primera:
y acaso en tan extraña arquitectura
Dios tuvo por objeto
juntar en su hermosura
los prodigios del orbe en miniatura,
formando tan completo
Pandemonium de cosas celestiales,
que al rededor se ven hombres y brutos,
y dioses vegetales y animales,
y fetiches de ritos naturales,
flores, peces, y pájaros y frutos;
ídolos despreciados
que, del mundo barridos,
y en la *cueva de Piedra,* emparedados,
fueron, despues de ser amontonados,
por el desden primero confundidos,
y por el tiempo al fin petrificados!

XII.

Miéntras hacen las brumas condensadas
en lo hondo de la *Gruta* acumuladas
un estanque sombrío
donde al caer, medidas y contadas,
van formando las gotas de rocío
un joyero de perlas agitadas,
de tanta sombra y humedad mezclados
el perfume, el color y los sonidos,
parece que tambien petrificados
abruman con su peso los sentidos;
y en tal cáos de ruidos y fulgores,
al ver y oir los brillos y rumores,
cambiando de ilusion ojos y oidos,
encuentran siempre allí nuestros sentidos
voz en la luz, y luz en la armonía,
siendo así de la humana fantasía
quiméricos antojos
ya el hallar armonía en los colores,
ya el ver como parece á nuestros ojos
que saltan de los ruidos resplandores!

XIII.

Saliendo de su asombro sobrehumano
ven luégo que, á sortear acostumbradas
el furor de las aguas despeñadas,

por la derecha y por la izquierda mano
entraron asustadas
dos palomas seguidas de un milano;
y el milano no entró, porque imprudente
á las aves de frente
les fué astuto á cortar la retirada,

y el rápido turbion de la cascada
lo echó muerto en el fondo del torrente.
Y luégo la pareja arrulladora
tranquila y entregada á sus amores,
de aquellos infelices desertores
vino á ser la serpiente tentadora;
pues en tanto que extáticos seguian

por los picos los pájaros unidos,
ellos desvanecidos
los miraban á un tiempo y los oian
poniéndose en los ojos los oidos.
Y cuando aquella escena
de peligrosos incentivos llena,
convirtiendo en eden la hermosa cueva
les trajo á la memoria
el amor de Adan y de Eva,
los grandes pecadores de la historia,
en ideal mutismo
nuestros dos desertores
sondeaban el abismo
del vértigo feliz de los amores,
y como es natural, naturalmente
escena tan sencilla
puso fuego á su amor adolescente,
y empezó á arder en ellos de repente
la sangre de Isabel y de Marsilla.
Y como suele á veces
un ejemplo liviano
hacer hervir las heces
del fondo vil del animal humano,
miéntras casta, apelando á sus deberes,
ella devora en abstraccion sublime
ese instante en que incuban las mujeres
la idea que las pierde ó las redime,
él miró á Candelaria de hito en hito
para beber amor en sus miradas,

pero ella, dando un grito,
que hizo huir á las aves asustadas,
salió de aquel lugar de incontinencia
para ella maldecido,
y—«¡jamás!»—murmuraba con frecuencia,
respondiendo sin duda á un repetido
misterioso argumento de conciencia.
Así la fugitiva
salió rápidamente,
como un ave cautiva
cuya jaula se abriese de repente,
miéntras Jaime Cortés, desvanecido,
ni á ver, ni á oir, ni á respirar se atreve,
y sigue detras de ella, convertido
en fria estalacmita que se mueve.
Y, gracias al buen Dios, de esta manera
el idilio empezado en aquel dia,
por huir con pudor la molinera
se quedó siendo idilio todavía.

XIV.

Y, despues de unas horas,
ya con planta segura
siguiendo á las palomas tentadoras
por sendas seductoras
trazadas con ingenio á la ventura,
llegaron á la *Fuente del Olvido*
y á un *Lago* entre montañas detenido,

con la *Peña del Diablo* por un lado,
y al otro el *Monte Piedra,* en donde alzada
con restos de una antigua fortaleza
aún se ve una *Capilla* abandonada,
con santos que no sirven para nada
pues ni unos tienen piés ni otros cabeza.

XV.

¡Oh, *Fuente del Olvido* misteriosa!
¡Lola, Asuncion, Eugenia, María Rosa!
¡Coro de alegres Musas!
¡Recuerdo entre memorias ya confusas
que despues de saltar con planta airosa
los arroyos cortados por exclusas,
para hallar el reposo apetecido
prestó á vuestro cansancio y mis pesares
el húmedo verdin de sus sillares
la inolvidable fuente del *Olvido!*
¡Isabel, Cármen, Juana!
¿A que ninguna de las tres olvida
lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?
¿Olvidareis jamás que allí pasamos
tres horas las más dulces de la vida?

XVI.

Mas nos llaman de nuevo otros amores,
porque Jaime, sintiendo trasudores,

de improviso gritó:—«¡Guardias civiles!»
pues para un desertor, en la apariencia,
no hay más hombres que guardias y alguaciles;
¡que es gran pintor de espectros la conciencia!
Y buscando un refugio, mira en torno,
y alcanzando en el fondo del paisaje
una cueva que sirve de hospedaje
á todas las palomas del contorno,
uno y otro con ánimo esforzado,
metiendo el pié en las grietas de las peñas
subieron á la *Cueva del Soldado,*
que allá arriba y oculta entre unas breñas,
el mismo Dios que la hizo la ha olvidado.
Y en tanto que los pobres desertores
quedan solos, pensando en sus amores,
mas sin faltar á la moral cristiana,
por la altura del monte vigilando
va la Guardia Civil representando
lo perspicaz de la justicia humana.

XVII.

¡Que Dios os dé fortuna,
oh jóvenes amantes,
que aún podeis comulgar sin duda alguna
sin precision de confesaros ántes!
Yo espero que aún podrá vuestra inocencia
la hora retardar de la caida,
creyendo lo que dice la experiencia

que es muy malo abusar de nuestra vida!
Desechad con empeño
cuanto hay de realidad en las pasiones,
dándolo todo, como yo, al ensueño.
Imitad mis fugaces ilusiones,
pues en giro halagüeño,
desenterrando y enterrando historias,
ya saco una memoria para sueño,
ya echo un sueño al rincon de mis memorias.
Y aunque en mis rasgos de virtud no imito
lo que hizo en el desierto San Benito,
procuro realizar en mis ternezas
un amor superior á las flaquezas,
porque sé en mi constante desconsuelo
que si une de algun modo
un hilo solo nuestro amor al suelo,
sopla el viento una vez, se nubla el cielo,
rompe un céfiro el hilo... y ¡adios todo!

CANTO TERCERO

EL CASTIGO

I.

«El amor se cree eterno y dura un dia.»
Así á Jaime Cortés con grave acento
un Cura le decia,

si es Cura el Capellan de un regimiento.
—«Vamos con calma, vamos,—
el Capellan seguia,

—«confiésate despacio, que esperamos
una dicha imprevista,
pues sé que, siendo un ángel en la tierra,
pidió ayer tu perdon una bañista
que es algo del ministro de la Guerra.
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,
y cuenta sólo la verdad humana.
Cuando se halla por medio una aldeana
todos sabeis cómo se pierde el cielo,
aunque nunca estudiais cómo se gana.»

II.

«¿Habrá una criatura,—
preguntó el desertor,—que la ventura
encuentre en las pasiones tormentosas?»
Y el confesor le dijo:—Tén cordura,
tú al hablarme te olvidas que soy Cura,
y sólo sé por relacion las cosas.
Piensa bien que nos dice la doctrina
que es el hurto un pecado,
y la Ordenanza á declarar se inclina
que, al robar una moza, es un soldado
tan vil como al robar una gallina.
Confiesa que ese amor desventurado
de la Ordenanza el código destroza,
mostrando el espectáculo adorado
de un quinto que secuestra á una real moza.
¡Si fueras oficial, pero un soldado!...»

III.

Bostezando en memoria de su amada,
Jaime exclamó con voz entrecortada:
—«¡Oh, qué cuarto de luna tan eterno!
Ocho dias de dicha continuada
hacen dulce la idea del infierno.
Amé en la gruta á Candelaria Ateca
con todas mis potencias y sentidos.
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,
sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?
Duraron nuestras verdes alegrías
tres dias y tres noches... pero luégo...»
—«Sí, dijo el Cura, al cabo de esos dias,
la hablabas tú en latin, y ella á tí en griego.
El que sepa la esencia de las cosas,
sabrá que las mujeres siempre entienden
la ciencia de agradar, si son hermosas,
pero hermosas ó feas, nunca aprenden
el arte de no hacerse fastidiosas.
Bien, y despues, ¿qué hiciste?»
—«¿Qué hice despues? Jaime pregunta. ¡Ay, triste!
Despues me acobardé como un paisano.
¡Ningun héroe resiste
á un amor de ocho dias mano á mano!
Mas ¿qué habrá sido de ella, padre mio?
¿Se habrá arrojado al rio?»

—«Déjate de locuras,
contestó el Capellan, ¿de qué te apuras?
Con respecto á cariños y placeres,
sabemos bien los Curas
que se suelen cansar de sus ternuras
tanto ó más que los hombres, las mujeres.
Pero tú, ¿no sabías, inocente,
que el rio el corazon solidifica,
así como al tocarlas petrifica
las ramas que detienen su corriente?
¿No oiste en *Piedra* hablar de dos inglesas
que amando con pasion y siendo obesas,
por beber en estío,
los óxidos metálicos del rio,
dejaron de querer y de ser gruesas?»
—«Yo sólo sé, Jaime siguió, que, iguales
los astros desde el cielo,
siguieron alumbrando mi fortuna
cuatro dias cabales;
pero ya al quinto dia de la luna
noté con desconsuelo
que me enseñaba el pié sin gracia alguna,
miéntras necias por valles y por lomas
con sus eternos besos,
aquella fiel pareja de palomas
me llevaba el fastidio hasta los huesos.»

IV.

«¿Y qué fué de esas aves, que os mostraron
el árbol de la ciencia?
preguntó el Capellan.—«Nos las pagaron,
Jaime exclamó, pues si ellas me enseñaron
la primera leccion de la experiencia,
como es ley natural que el hombre coma,
una tarde de amor nos las comimos,
y el par nos repartimos,
comiendo ella el pichon, yo la paloma.»
—«Pues ¿no teníais nueces?
preguntó el Capellan.—«Sí, pero á veces,
respondió el desertor, que sollozaba,
tanto el hambre apretaba
que, además de las aves, padre mio,
cuando hallaba cangrejos en el rio
encendia un tomillo y los asaba.»—
—«¿Asar á su maestra? Eso da espanto,»
replicó el Capellan.—«Tú, en amar tanto
fuiste, hijo mio, un verdadero loco,
y te lo digo yo, que soy un santo,
por más que alguna vez lo olvide un poco.»

V.

—«Dormida un dia, aproveché el momento»
siguió Jaime—«y con nuevas ilusiones
me volví al regimiento,
prefiriendo el fragor del campamento
al amor siempre igual de los pichones;
mas queriendo atajar, dejé el camino,
y andando en línea recta y con premura
para llegar más pronto á mi destino,
la guardia me prendió cerca de Alhama.
—«Es verdad»—siguió el Cura,
—«y el idilio acabó y empezó el drama;
pues la Guardia Civil es tan amiga
de pensar siempre el mal, que con trabajo
cree que ninguno siga
la senda del deber por el atajo.
Por desertor cogido y sentenciado
preferiste al amor ser fusilado.
Lo comprendo, hijo mio,
fuiste el ciervo asustado
que teme ser cogido y se echa al rio.

VI.

—«Mas ¡ay! ya está el piquete en movimiento.
Y, pues llegó el momento,»
continuó el Capellan,—«vamos andando.»
Y despues de decirle—«acaba, acaba,»—
masculló una oracion como implorando
la clemencia de un Dios, de quien dudaba.
Luégo siguió—«ya quedan conmutados
en gracia de tu hastío, tus pecados;
el Papa actual es un señor muy bueno,
que cree que son los malos desgraciados,
y que el mundo está lleno
de santas y de santos ignorados.»—
Volvió á rezar un poco, á su manera,
le echó despues la bendicion postrera,
y te—«perdono,» dijo,
«en el nombre del Padre; y quiera el Hijo
que te perdone á tí la molinera.»—
Mas Jaime, horrorizado
de pensar si podria
viviendo más, de Candelaria al lado
pasar un dia solo, un solo dia,
poniéndose de pié con el objeto
de ser en el instante fusilado
por no quedar sujeto
á los trabajos del amor forzado,

se preparó á la muerte, y en tal hora
el rostro se cubrió con las dos manos,
diciendo con ternura encantadora:
—«¡Cuánto me aflige ahora
el dolor de mi madre y mis hermanos!»

VII.

¿Cuál seria de Jaime la sorpresa
cuando vió frente á sí la aragonesa
que, vestida de quinto, le miraba
con la cara tranquila
que debia poner cuando jugaba
con los cabellos de Sanson, Dalila!
Jaime Cortés, de confusiones lleno,
no queria creer lo que veía,
mas la mujer con ánimo sereno
mirándole, parece que decia:
«Caerá entre sangre el que me hundió en el cieno.»

VIII.

Mas ¿cómo la terrible molinera
llegó á la ejecucion? De esta manera:
Fué á *Nuévalos* un dia,
y en casa de una tia, audaz se puso
un traje de aldeano, que allí habia,

de un paño sin color, á fuerza de uso;
y hecho ya aragonés, la aragonesa,
al salir de la casa de su tia
con el pelo cortado á la escocesa,
más bien que un aldeano, parecia,
el paje más gentil de una princesa;

y anduvo muchas horas, y aunque en vano
de Jaime preguntó por el destino,
á todos los rumores y los ecos;
le dió noticias de él por el camino,
un vendedor de miel y de higos secos;
y de matar á Jaime haciendo voto,

marchó á Alhama, á cumplir su triste suerte.
—¡Lechera con el cántaro ya roto,
no halló más esperanza que la muerte!
Llega en fin; sienta plaza de soldado;
pide ser del piquete fratricida;
y así en vengarse, y en matar se empeña,
al verse sin amor y envilecida;
venganza, vive Dios, que nos enseña
que el corazon á veces desempeña
un papel importante en nuestra vida.

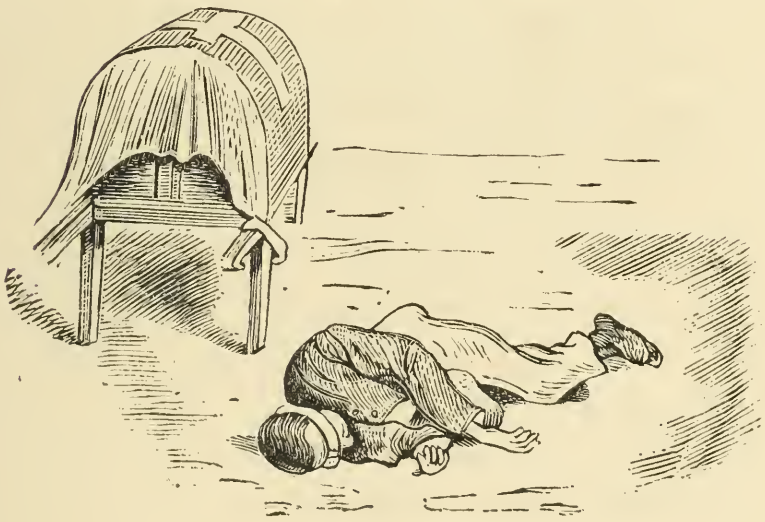
IX.

Jaime observa el piquete con espanto,
y Candelaria en tanto
como le ama á pesar de los pesares,
lo mira con furor, miéntras su llanto
por dentro de sus ojos corre á mares.
Y cuando vió que á Jaime le vendaron,
unas nubes de sangre la cegaron;
y, en el postrer momento,
al consumar su intento,
que se creyó casualidad horrible,
mirando Candelaria al miserable,
echa sobre él un odio irresistible,
ó más bien un amor interminable:
junta á su sien de su fusil la boca;
el gatillo despues con el pié toca,

suena de pronto un tiro,
reza un—¡piedad, Señor!—dando un suspiro,
y cae con el cráneo destrozado,
un momento ántes que él, y de esta suerte,
si por verlo matar se hizo soldado,
por no verlo morir se dió la muerte.

X.

Y un instante despues, lleno de celo,
hizo álguien la señal con un pañuelo,
y el ángel del amor tendió sus alas



y se escondió en el cielo,
por no ver que de Jaime sin consuelo,
el pecho atravesaron cuatro balas.

XI.

Y como á ver morir á aquel soldado,
de emociones sediento,
subió con gran contento
al *Castillo Romano,* hoy arruinado,
ese invariable público, formado
de mil inteligencias sin talento,
cuando vió de dolor desvanecido
que, pasando un segundo,
de una campana eléctrica el sonido
trajo el perdon pedido,
que llegó como todo en este mundo;
en un mismo dolor el pueblo unido
lanzó fatal, desolador, profundo,
un ¡ay! que más que un ¡ay! fué un alarido.

XII.

¡Altos juicios de Dios!—En aquel duelo
un claro sol derrama
tanta luz sobre el suelo
de la Vega de Alhama,
que parece que el cielo
le dice al pueblo absorto:—¡vive y ama!
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,

llegando á confundirse sonrientes
del *Jalon* con las ondas sonorosas,
lo convidan á oir en lontananza
ese canto inmortal de la esperanza
que murmura el concierto de las cosas!

XIII.

Y ¿qué dirán del fin de estos amores
los que hablan de lo real sin poesía?
Que mañana ocultando estos horrores,
el viejo sol que nace cada dia
alumbrando á leales y traidores,
sobre tanta agonía
un velo vendrá á echar de resplandores;
y dirán además que aunque hoy sentimos
estas y otras tragedias espantosas,
sucediendo unas cosas á otras cosas,
pronto han de ver cómo de nuevo oimos
los himnos del Otoño á los racimos,
del Abril las canciones á las rosas.

XIV.

Y afrontando, por fin, de estos amores
el problema profundo,
me preguntais, lectores:

—«¿qué debemos hacer cuando, iracundo
el destino consienta estos horrores,
y entre *ser* y *no ser* medie un segundo?»—
¡Echar en paz sobre las tumbas flores:
verlo, sufrir, y despreciar un mundo
tan lleno de *Doloras* y dolores!

Francisco Alvarez y C.ª, Editores

OBRAS PUBLICADAS Y EN VENTA

	Rvn.
El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra, edicion microscópica. Un tomo en 16.º de 756 pgs.	30
Doloras y Cantares, por don Ramon de Campoamor, 15.ª edicion aumentada con 30 Doloras nuevas. Un tomo en 8.º de 576 págs. con el retrato y el autógrafo del autor	28
Nuevos Poemas y Doloras, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo en 8.º . .	16
Los Buenos y los Sábios, 2.ª edicion poema en cinco cantos, de D. R. de Campoamor.	8
El Final de Norma, 4.ª edicion, novela de D. Pedro A. de Alarcon. Un tomo en 8.º	12
Un Retrato de Mujer, por don José Selgas. Un tomo en 8.º	10
El Mundo Invisible, por don José Selgas. Un tomo en 8.º con 100 págs.	16
Hechos y Dichos, por D. José Selgas. Un tomo en 8.º. .	12
Noches en Vela, poesías de don Eusebio Blasco. Un tomo en 8.º	6
Basilis, novela por E. Blasco.	6
Epigramas, por E. Blasco .	4
Tipos y Costumbres Españolas, por D. Antonio Flores. Un tomo en 8.º. . . .	12
Ayer, Hoy y Mañana, por don Antonio Flores. 6 tomos, á.	12
La Historia del Matrimonio, por el mismo.	8
Fruta verde, por D. Manuel del Palacio, un tomo en 8.º.	12
Lecciones sobre Electricidad, por John Tyndall. . . .	12
El Salterio, por J. Ortega Munilla	12
El Fauno y la Driada, por el mismo.	10
La Cigarra, por J. Ortega Munilla	10
Don Juan Solo, por el mismo.	8
Disertaciones y Juicios Literarios, por D. Juan Valera.	24
Estudios críticos, por el mismo, un tomo encuadernado	20
Tentativas Dramáticas, por el mismo.	10
Pasarse de Listo (3.ª edicion), por el mismo.	10
Pepita Jiménez, por el mismo.	10
El Comendador Mendoza, por el mismo.	10
Poesías, por el mismo, un tomo en 8.º	8
Dafnis y Cloe, por el mismo, un tomo en 8.º	12
Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia, por don Juan Valera. Tres tomos á.	12
Doña Luz, 2.ª edicion, por D. Juan Valera. . . .	10
Nuevas poesías, 2.ª edicion, por J. Velarde.	12
La Velada, por el mismo . .	4
La Venganza, por el mismo .	4
Meditacion ante unas ruinas, por el mismo.	4
Fernando de Laredo, por el mismo.	4
La niña de Gomez Arias, leyenda	4
Fray Juan, poema. . . .	4
Teodomiro ó la cuera del Cristo, poema	4
El año campestre, poema. .	4
A orillas del Mar, poema. .	4
Guia del Bañista en Archena.	10
Juan del Pueblo, por F. Rodriguez Marin.	4
Manual de Tauromaquia, 2.ª edicion, por J. Sanchez Lozano.	12

EN PRENSA

Cuentos y Diálogos, por D. Juan Valera.
Canciones y romances, por el mismo.
Disertaciones y Juicios Literarios, por el mismo.
La navaja en la liga, por E. Blasco
La Cigarra, 4.ª edicion con un prólogo nuevo, por J. Ortega Munilla.
Sor Lucila, 3.ª edicion, por el mismo.
Cantos populares españoles, recogidos, ordenados é ilustrados por Francisco Rodriguez Marin.
Obras poéticas de Luis Montoto.

289642 LS
C 198a

Author Campoamor y Campoosorio, Ramon de

Title El amor y el rio Piedra.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU